

## INTRODUCCIÓN

Un grupo de componentes del Seminario Interdisciplinar de Estudios de la Mujer de la Universidad de Zaragoza (SIEM) nos propusimos reflexionar acerca de los cuerpos femeninos. En consonancia con su carácter interdisciplinar quisimos hacerlo desde la multiplicidad de campos en los que estamos trabajando: arte, filosofía, literatura, medicina y psicología. Este deseo tomó forma con el curso *Perspectivas feministas sobre el cuerpo*, que se impartió el año 1998 e incluía dos espacios diferenciados: las conferencias teóricas y el trabajo en grupo. Seguimos pensando, recopilando, reelaborando conceptos planteados en este curso, hasta configurar el conjunto de esta publicación, *Piel que habla*.

La complejidad de nuestro tema de reflexión —el cuerpo, los cuerpos— nos hizo pensar que en el cruce de perspectivas encontraríamos un abanico de propuestas que nos servirían para profundizar en diversos planteamientos, sin ánimo de cerrar el debate ni pretender llegar a conclusiones definitivas. Nos interesaba detenernos en nociones del cuerpo femenino que superaran la oposición tradicional entre cultura y naturaleza: nuestros cuerpos como construcciones culturales y como sedes de nuestras experiencias. Nuestros cuerpos, creadores de sentido y lugares de inscripción. Los cuerpos como lenguajes y los lenguajes de los cuerpos.

Los feminismos son interlocutores válidos medularmente insertados en los debates contemporáneos. La continua autocrítica y la conflictividad existente en teorías y prácticas en distintos encuadres feministas conforman un lugar privilegiado y múltiple a partir del que

poder pensar y actuar. Por un lado, hemos intentado revisar los estereotipos tradicionales acerca del cuerpo femenino, revisión que reescribe la tradición de forma que ya no pueda ser la misma; por otro, analizar cuestiones en torno a la visibilidad de los cuerpos sexuados en femenino y, finalmente, plantearnos interrogantes sobre la construcción de subjetividades que incluyen la experiencia corporal de forma transgresora para el patriarcado.

La relación de las mujeres con sus cuerpos no podía dejar de ser un tema clave para el pensamiento feminista, dado que la tradición cultural a la que pertenecemos, que se revela para el feminismo como una tradición patriarcal y opresora para las mujeres, fundamentaba en gran medida dicha opresión en la asociación entre mujer y corporalidad. Desde sus orígenes el pensamiento occidental ha organizado lo real en oposiciones binarias y dicotómicas: la luz y la oscuridad, el ser y el devenir, la idea y la materia, la razón y las pasiones, el alma y el cuerpo, el espíritu y la naturaleza. Todas estas oposiciones están jerarquizadas, y además se solapan con el par masculino-femenino, dejando a la mujer del lado de lo material, lo corporal, lo puramente natural, casi en el límite de lo humano. En virtud de ello sirven de fundamento para la discriminación de las mujeres y su exclusión de determinados ámbitos de la vida social.

En la Época Moderna, sobre todo a raíz de la Ilustración, empiezan a alzarse decididamente voces que reivindican una equiparación de derechos entre hombres y mujeres. Esta reivindicación hace patente la necesidad de replantear la relación de las mujeres con sus cuerpos. El feminismo naciente se fundamenta en una negación del determinismo biológico, intentando romper esa conexión entre mujer y cuerpo, en la que se había basado su discriminación. Para ello se apoya en la filosofía racionalista, cuyo paradigma es Descartes. Dada su caracterización del ser humano ante todo como mente, conciencia o razón, lo meramente corporal carece de importancia para la definición de los sujetos humanos, hombres o mujeres. A partir de esta idea, el pensamiento moderno-ilustrado entiende que lo que distingue a la humanidad es precisamente su capacidad de sobreponerse a lo biológico, de dirigirlo según sus propios fines. Los seres humanos gozan de autonomía moral, son libres, se autodeterminan, construyen su propia identidad, y esto es lo que las mujeres quieren para sí. El feminismo va a reivindicar esa condición de sujetos y, de forma especialmente crítica, denuncia cómo las mujeres, relegadas en sus cuerpos, han sido desde

siempre cosificadas, convertidas en objetos para las miradas y los fines masculinos.

Sin embargo, este feminismo igualitarista de tradición ilustrada, como heredero del pensamiento moderno, cargaba con un lastre implícito en lo que precisamente había significado su condición de posibilidad: la negación de la corporalidad y, con ella, una definición de sujeto aparentemente neutro y asexuado, que se pretendía universal, pero seguía siendo punto de apoyo fundamental para la marginación de las mujeres. Era necesario examinar las insuficiencias de ese planteamiento y en ese intento profundizar la reflexión sobre la corporalidad. Así se revela que no es posible prescindir de cómo son percibidos y vividos los cuerpos de las mujeres, tanto por ellas mismas como por los demás. Podemos considerar que los distintos feminismos son en cierto sentido replanteamientos del tema del cuerpo, tema que además ha sido y sigue siendo objeto de debate y de confrontación entre ellos. Como muestra puede trazarse un recorrido por tres de las líneas más influyentes del feminismo actual: las teorías de género, el feminismo de la diferencia y el feminismo postmoderno.

Desde una óptica que se ha considerado continuación de la ilustrada, las teorías de género,<sup>1</sup> desarrolladas fundamentalmente por investigadoras pertenecientes a los círculos académicos angloamericanos en los años setenta y ochenta, pretenden reconsiderar el problema gracias a la introducción de la distinción entre dos categorías de análisis: el sexo y el género, que intentan hacer patente la construcción sobre las diferencias meramente corporales, biológicas, de otras diferencias de carácter sociocultural, que son las que precisamente permiten la jerarquización, la distribución de roles y la discriminación femenina. La categoría de género hace referencia a estas diferencias socialmente construidas entre hombres y mujeres, y se contrapone al sexo, categoría que se refiere exclusivamente a las diferencias naturales relacionadas básicamente con el desempeño de diferentes funciones

---

1. Se ha rastreado un primer esbozo de lo que después englobará la categoría de género en el pensamiento de Simone De Beauvoir y en su conocida afirmación de que «no se nace mujer». Con distintos matices se hace un uso explícito de la categoría de género o del sistema sexo-género en antropología y ciencias sociales en general, historia, filosofía de la ciencia, revisiones del marxismo o de la socialdemocracia, en autoras como: Gayle Rubin, Evelyn Fox-Keller, Sandra Harding, Sheila Benhabib, Joan Scot, etc. En España ha reflexionado siguiendo la línea del feminismo ilustrado y las teorías de género el grupo de investigadoras articulado en torno a Celia Amorós y el Seminario «Feminismo e Ilustración».

biológicas en el proceso reproductivo. Así, bajo el epígrafe del género se agrupan los aspectos psicológicos, sociales y culturales del par masculinidad/feminidad, y bajo el epígrafe sexo, los aspectos biológicos, anatómicos y naturales. En virtud de su origen no natural, las características atribuidas a cada género son modificables, el par sexo/género continúa en el eje de la contraposición tradicional cuerpo/conciencia o naturaleza/cultura. Sin embargo, se aparta de la concepción cartesiana que independizaba la conciencia del cuerpo. Todos los sujetos humanos están generizados, el género es una interpretación social de su corporalidad que además, tiene un carácter relacional, es la significación social que un cuerpo asume en relación con otro. Ésta varía de unas sociedades a otras, pero un aspecto interesante que las teorías de género destacan es que en las sociedades conocidas se presenta siempre unida a una jerarquización que prioriza lo masculino e imposibilita la referencia a un sujeto neutro universal, autónomo y descorporeizado, que había sido el fundamento del paradigma moderno.

Aunque a primera vista podría parecer que es el sexo la única categoría propiamente corporal, el género se entreteje también con la corporalidad. El género es la forma en que los sujetos humanos viven sus cuerpos socialmente. Incluso, como han señalado algunas teóricas, llevando las categorías al extremo, no es posible hablar del género como algo superpuesto al sexo; el sistema sexo-género aparece como un todo, con lo que las propias teorías de género apuntan a una disolución de la distinción que las originó, que continúa en el marco de la oposición binaria cultura/naturaleza.

Por otro lado, otra de las tendencias actuales más influyentes en teoría feminista es la habitualmente conocida como feminismo de la diferencia,<sup>2</sup> feminismo que empezó a tomar cuerpo en Francia a partir de los años setenta, extendiéndose después sobre todo por Italia. Esta teoría ha hecho del cuerpo de las mujeres uno de sus temas clave, precisamente debido a la ausencia y al rechazo tanto de las mujeres como de la corporalidad en el discurso occidental. Éste es calificado por estas autoras como *falocéntrico*, por tratarse de un discurso centrado en el *logos*, un determinado tipo de razón/lenguaje que funciona

construyendo esencias a partir de oposiciones binarias, simétricas y especulares, que toman como referencia lo masculino. Este discurso es pues un pensamiento de lo mismo, incapaz de permitir la representación y el reconocimiento de la diferencia más allá de la pura analogía o la simple contraposición. Sin embargo, para estas teóricas, la operación de anulación de la diferencia en la que se basa no ha sido completa, el cuerpo de las mujeres es una reserva del deseo y de la identidad femenina, que intenta ocupar un lugar en el lenguaje y acceder al ámbito de lo simbólico, pero precisamente sin negar su corporalidad.

El feminismo de la diferencia ha sido objeto de críticas muy duras. Sobre todo porque se entiende que refuerza la identificación patriarcal entre mujer-naturaleza, propia del discurso tradicional y, subrepticamente, reintroduce la oposición binaria cuerpo-mente que intentaba borrar. La acusación parece dar en el blanco, pero estas autoras insisten en no entender el cuerpo o la naturaleza como algo meramente pasivo, opuesto a la cultura o a la razón. Pretende precisamente desmontar la vieja categoría cuerpo y desplazar la jerarquía tradicional cuerpo/espíritu. El cuerpo femenino del que parte es lenguaje, símbolo, no es simplemente una cosa o una parte de la naturaleza, es un cuerpo que escribe, piensa, y no sólo realiza funciones biológicas, se reproduce, o siente. A pesar de ello, este enfoque ha recibido otras acusaciones que apuntan a su esencialismo, a su conexión con el determinismo biológico, al carácter normativo de estas teorías o a su ignorancia de las diferencias entre las propias mujeres. Desde su óptica, ese cúmulo de características asociadas al «eterno femenino», que en principio parecían resultado de la opresión, termina por entenderse como la identidad de las mujeres, una especie de esencia inmutable que las unifica y que procedería en última instancia de su sexo anatómico. Algunas versiones del feminismo de la diferencia parecen creer que las mujeres tienen un acceso inmediato a su deseo y a sus cuerpos, obviando las mediaciones culturales e ideológicas que se establecen entre lo femenino y el cuerpo de las mujeres, que las teorías de género habían conseguido poner de manifiesto.

Por último, otro gran paradigma dentro del feminismo actual entronca con las teorías postmodernas y postestructuralistas.<sup>3</sup> Esta

2. En esta línea se situarían pensadoras francesas como Annie Leclerc, Luce Irigaray, Hélène Cixous o Julia Kristeva, así como las italianas agrupadas en torno a Luisa Muraro, la comunidad filosófica Diótima y la Librería de Mujeres de Milán. En España ha desarrollado esta tendencia la historiadora Milagros Rivera.

3. El feminismo posmoderno al que se hace referencia aquí es fundamentalmente el de Judith Butler, muy influido por el pensamiento de Foucault. Otras teóricas feministas

línea es especialmente crítica con las categorías de sexo, naturaleza e identidad, así como con toda concepción unitaria del sujeto, ya se base en su conciencia o en su corporalidad. Así se señala abiertamente que el cuerpo de las mujeres no es un hecho biológico, hasta el punto de que no es posible señalar nada en él, ni siquiera su sexo, que pueda considerarse como tal. El cuerpo es también una construcción social y cultural. Es más, el cuerpo es precisamente el lugar en el que la construcción cultural tiene lugar, la superficie de inscripción de los discursos del poder. Por ello resulta imposible acceder a lo que sería puramente cuerpo antes de que éste fuera traspasado por las prácticas discursivas que entretengan la cultura, incluso aunque se admita que siempre hay en el cuerpo un excedente que no se deja capturar por el discurso. No hay pues un sexo natural al margen de las significaciones culturales, el sexo no es nada más que un componente del género, género que para el feminismo postmoderno se construye en un proceso discursivo basado en la repetición e imitación de determinadas prácticas, tendentes a producir sujetos controlados por el poder. Además habría que entrecruzarlo con otras dimensiones socioculturales como la raza o la opción sexual. ¿Supone esta posición que el feminismo se queda finalmente sin sujetos y sin cuerpos a los que liberar? La propuesta emancipatoria y subversiva de esta línea teórica se basa fundamentalmente en desnaturalizar el cuerpo y mostrar claramente su carácter de constructo, para lo que propone estrategias como la parodia, basada en estilos corporales y comportamientos múltiples y paradójicos, que tiendan a una proliferación de los géneros, resignificando sus componentes de una forma transgresora, que diluya finalmente sus límites. No se pretendería ya buscar un lenguaje, un simbólico femenino diferente, partiendo del cuerpo de las mujeres, sino de resignificar el simbólico existente, a partir de sus ambigüedades, ya que para estas teóricas no se pueden producir significados nuevos; los significados circulan en la sociedad y remiten unos a otros, de modo que no es posible partir de una experiencia desnuda del ser mujer. También este feminismo postmoderno ha sido objeto de críticas, sobre todo porque diluye la potencialidad inherente a la distinción sexo/género y el carácter emancipador del feminismo ilustrado,

---

que entroncan también con algunos aspectos de la postmodernidad son: Jane Flax, Gayatri Spivak, Donna Haraway, o la ya citada Joan Scot, que hace una síntesis entre el postestructuralismo y las teorías de género.

disolviendo su proyecto político en una pluralidad de prácticas individuales sin objetivos o metas demasiado definidos. Incluso se le ha acusado de ignorar el carácter material y vulnerable de los cuerpos al presentarlos como construcciones culturales, de una forma que rozaría el idealismo.

Como puede verse en este pequeño recorrido, el tema del cuerpo y todos los conflictos asociados con él resulta inagotable y ofrece todo un caleidoscopio de propuestas para continuar produciendo teoría y práctica desde el feminismo.

\* \* \*

Este libro está estructurado en tres partes. La primera, *Perspectivas feministas sobre el cuerpo*, reúne cuatro artículos, que responden a las conferencias teóricas del Curso y su posterior elaboración por parte de las autoras. La primera conferencia, impartida por Erika Bornay, no ha sido posible incluirla en el texto; versó sobre «Imágenes de la mirada de la mujer en la pintura». Realizó un sugerente recorrido histórico por representaciones del cuerpo femenino tomando como hilo conductor «la mano que escribe» y «los ojos que leen». Apuntar también que la última de las sesiones fue una mesa redonda coordinada por Assumpta Bassas en la que contamos con la presencia de las artistas Eugènia Ballcells y Eulàlia Valldosera que mostraron sus obras, explicando el proceso creativo y el marco en el que fueron producidas.

Anna Casanovas nos habló sobre las nuevas tecnologías: tecnocultura y desmaterialización y en su artículo «Cibercultura: el cuerpo esfumado» escribe sobre la experiencia corporal en la cibercultura, trazando un paralelismo entre la percepción contemporánea de los cambios que está originando la era digital y la forma en que se asumieron las transformaciones producidas por la extensión de la Revolución Industrial en el siglo XIX. El texto circula entre diversas obras literarias, cinematográficas y artísticas, desde los cuerpos fragmentados de Rodin o Mary Shelley a las actuales poéticas ciborg.

En el campo de la literatura se evidencia el cuerpo como lenguaje. María Jesús Salinero, en «El cuerpo femenino y su representación en la ficción literaria» hace un recorrido por distintas representaciones del cuerpo de la mujer en la historia de la literatura, unas canónicas y otras no, y muestra una doble vertiente de la literatura como reinterpretación: lo literario puede reflejar la percepción corporal vigente en

el momento en el que escribe el autor o autora, y también puede contribuir a crear y transformar actitudes, miradas y pensamientos sobre el cuerpo.

Paloma Gómez en su artículo «Anorexia nerviosa: una aproximación feminista», diferencia la anorexia nerviosa de los demás trastornos alimentarios. Nos recuerda que este comportamiento existe desde hace más de veinte siglos y realiza un recorrido histórico, mostrando las diferentes modalidades de presentación. Considera la anorexia como resistencia frente a un entorno que impone unas funciones a las mujeres —el cuidado y la nutrición de los demás— que la adolescente anoréxica no desea para sí misma. Examina también la estrecha relación existente entre el rechazo al alimento y las relaciones de las anoréxicas con sus madres y padres, poniendo de manifiesto cómo la transformación de las relaciones familiares puede modificar el comportamiento alimenticio de las chicas afectadas.

Assumpta Bassas titula su trabajo «Cuerpo que te quiero cuerpo». En él analiza imágenes del cuerpo y nociones de subjetividad en la producción de artistas contemporáneas. Explora en sus trabajos la configuración de subjetividades encarnadas que parten de una ruptura de las dicotomías constitutivas del pensamiento occidental y patriarcal: cuerpo-mente, yo-objeto, materia-espíritu, rupturas que niegan las definiciones tradicionales del cuerpo femenino. Prestando atención a formas incorporadas de constituirse como sujetos, en la búsqueda de una nueva gramática corporal que señale la diferencia sexual y construya lo simbólico desde lo femenino, Bassas interpreta la relación entre casa y cuerpo femenino en distintas artistas internacionales de las últimas décadas para centrarse en el análisis de dos obras de Eugènia Ballcells y Eulàlia Valldosera.

El segundo apartado del libro, *Cuerpos vividos*, está formado por tres trabajos que surgen del espacio grupal que se realizó en el curso *Perspectivas feministas sobre el cuerpo*. Con distintas modalidades de elaboración, dan cuenta de lo que supone abordar los planteamientos teóricos sobre un tema con una metodología de aprendizaje —el grupo operativo—<sup>4</sup> que posibilita no solamente incorporar la

información sino manejar instrumentos de indagación. Hemos intentado que la información recibida sea incorporada como instrumento para volvernos a plantear y resolver los problemas del tema que tratamos, el cuerpo. En el grupo operativo se aprende a pensar, fantasear y actuar con libertad. Trece mujeres asistentes al curso optamos por realizar este trabajo de grupo y comprobamos que «no se puede remover el objeto de pensamiento sin removerse y problematizarse una misma».<sup>5</sup> Este capítulo da cuenta de parte de ese proceso.

En «Pensando sobre el cuerpo, en grupo», Teresa Yago, coordinadora, presenta su elaboración sobre el modo en que las integrantes del grupo abordan la temática planteada por las ponentes del curso. La técnica del grupo operativo se orienta a la participación libre de sus integrantes, a promover que cada una opere su esquema referencial, que lo ponga en acción para, usándolo, analizarlo y revisarlo. De este modo, dejamos salir las dificultades y las disociaciones; aparecieron las contradicciones y la posible coexistencia de ideologías excluyentes o segmentos no integrados. La tarea de la coordinadora es «co-pensar», señalando e interpretando los bloqueos que impiden que se establezca el pensamiento dialéctico. El artículo recoge este proceso: los planteamientos iniciales, el proceso de interacción entre los distintos esquemas referenciales, los emergentes que remiten a la latencia y posibilitan la interpretación, las elaboraciones grupales, la apertura de nuevas perspectivas sobre el tema analizado..., el proceso de aprendizaje en espiral.

Cada una de las integrantes tiene su propia vivencia del proceso grupal, el aprendizaje implica movilización, cuestionamiento de lo propio. En «Cuerpos cerrados, cuerpos abiertos», María José Barral Morán nos ofrece su reflexión sobre los cuerpos: reactualiza sentimientos, reelabora conceptos, dando lugar a una síntesis personal. Nos muestra la profunda interrelación entre lo personal y lo científico, que da un sentido a nuestras elecciones profesionales e intereses de investigación. Pero esta interrelación no es gratuita, sólo puede hacerse cuando se desvela la ideología subyacente que impide verla: la disociación teoría-práctica, científico-personal, observando y relatando los hechos con otra mirada.

Otra participante, Lidia E. Díaz Gil ha plasmado en obra gráfica su proceso de reflexión e indagación personal a partir de su experiencia

4. Pichon Rivière, su creador (1948), define el Grupo Operativo como un «conjunto de personas reunidas por constantes de tiempo y espacio, articuladas por su mutua representación interna, que se proponen implícita o explícitamente una tarea, la que constituye su finalidad».

5. Bleger (1960).

en el grupo. Con las imágenes seriadas de «El cuerpo múltiple» quiere mostrar distintos aspectos de la percepción del cuerpo femenino y expresa la ruptura entre la conciencia de una misma y el cuerpo culturalmente construido. Desdibujando el perfil físico, señala su protesta ante la consideración del cuerpo de la mujer como significante primordial de la identidad femenina. No es un rechazo al cuerpo, sino un despojarlo de connotaciones impuestas. El resultado final de este proceso es un cuerpo neutro, privado de cualquier intención de ser visto como molde o modelo. Tan desdibujado que no pueda servir de pauta represiva, en el que tengan cabida todo tipo de peculiaridades, un cuerpo abierto a la diversidad. Lo neutro es, pues, entendido como apertura. No se trata de representar un neutro asexual o incorpóreo, sino de mostrarlo como algo inconcreto expuesto a cualquier posibilidad. Quien mira la obra será quien reconozca el cuerpo desde su visión y experiencia personal. El proceso artístico funciona como metáfora de la transformación real que, cree la autora, deben efectuar las mujeres y la sociedad en general en torno a la percepción del cuerpo. Abrir una mirada global cimentada en el reconocimiento de la diversidad física, sexual, étnica, cultural, etc.

El tercer apartado, *Pensando en alto*, engloba artículos diversos en temática y metodología, surgidos en el trabajo en que cada una de las autoras está inmersa, por motivos académicos, profesionales o de proceso de reflexión-recapitulación personal. Se han ido gestando en el espacio temporal que ha rodeado al curso *Perspectivas feministas sobre el cuerpo* y su inclusión en este libro nos hace patente cómo nos ha atravesado a todas, organizadoras y participantes, el tema objeto de estudio.

En el primer artículo se analizan los antecedentes culturales de «La Moda, ese cuerpo imaginario». María Teresa González-Cortés observa cómo los movimientos de la moda actual se caracterizan por ser cambiantes y variables, caprichosos y volubles. Y, en tanto diseñan anatomías fantásticas y exhiben cuerpos renovados y en continua metamorfosis, las corrientes de la moda perpetúan el espíritu dieciochesco de la modernidad a la vez que defienden biotipos de belleza basados en la pura discontinuidad y, muchas veces, en el esperpento fisiológico. Resulta entonces que los cuerpos imaginarios que proponen las modas a través de los medios de comunicación de masas no sólo son poco duraderos sino corporalmente difíciles de imitar. Con lo cual, la sumisión/subyugación a ciertos estereotipos de belleza

puede conducirnos al desequilibrio mental y, desde él, al síndrome de «procrustia».

En «Orlan: la carne hecha verbo», Esther Moreno se centra en el análisis de la experiencia artística contemporánea a través de la obra de Orlan. Esta artista francesa no sólo explora su cuerpo sino que lo usa para recibir los trazos de un insólito pincel: el bisturí del quirófano. Por su deseo, la sala de operaciones queda convertida en el estudio de la artista. Y su cuerpo o, mejor, su arte carnal constituye la herramienta con que Orlan logra expresar sus necesidades. Sin lugar a dudas, Orlan encarna el cuerpo de la nueva Eva, de la Eva tecnológica, pues lejos del arcaico barro, se moldea y modela repetidamente gracias a la alianza del diseño médico e informático. Convertida en un lienzo vivo, Orlan se proyecta y exhibe al mundo en sucesivas intervenciones/operaciones/performances.

Raquel Santiso toma el cuerpo femenino como escenario público en donde se debate una lucha dialéctica entre dos fuerzas socialmente antagónicas. Señala en «El cuerpo del delito» que, por un lado, están los movimientos feministas que, desde su origen, han permitido liberar a la mujer, otorgarle la facultad de ser dueña de su cuerpo, y llegar a visibilizarse en áreas como la filosofía, la ciencia, la literatura, el arte... Pero por otro lado, apunta la autora, el auge de las industrias de belleza viene mermando/dañando seriamente el espíritu emancipador de la mujer. En su opinión, urge entonces abandonar los clichés dominantes de belleza, y retornar a la autoestima sintiendo amor hacia el cuerpo propio.

Marta Azpeitia Gimeno traza un recorrido a través de los pensamientos que sobre la corporalidad ha ido construyendo nuestra tradición filosófica. Señala las «Viejas y nuevas metáforas» con las que se ha ido dando nombre al cuerpo, como lugares privilegiados para preguntarnos qué podemos ver desde allí: el cuerpo tumba o sepultura, cárcel, máquina, reloj, fábrica, campo de batalla, superficie de inscripción, texto, libro, mapa... Al mismo tiempo, de forma paralela o entrecruzada, busca hacer hincapié en las potencialidades y los problemas que para un discurso feminista se abren desde las distintas nociones de lo corporal dibujadas por la filosofía.